

## **LO IMPLACABLE**

Fernando López

### **Cuentos**

Editorial Gogol, Mar del Plata, 2020

## **JANE AVRIL ENTRANDO AL MOULIN ROUGE**

**E**l Bala le había fallado otra vez. Tomó el tabaco y lo acomodó sobre la hojita de papel. Lo pegó con la lengua. Se aflojó la corbata y apoyó la espalda contra la columna del puente, fijando la vista en el crecimiento de la luz artificial sobre el ocaso. Faltaban todavía largos minutos para el timbre de la última hora de clase, la de francés.

El tránsito de vehículos sobre el puente lo distrajo de sus pensamientos. Hizo bailar el cigarrillo en los labios, descansar en la oreja, multiplicarse en los dedos de la mano, consciente de que era posible hacerlo durar hasta con solo mantener apartada la llama del encendedor. Toda rabona es inútil sin el humo picante del tabaco.

Miró la mochila repleta de libros y calculó al bulto su valor de reventa. Soberbia tarea la de obtener recursos con urgencia. Trabajando podría hacer algún dinero pero eso llevaría tiempo, esfuerzo y privaciones. Robar era una alternativa que le había presentado el Bala, cuando estuvo seguro de que estudiar una carrera y graduarse, dentro de muchísimos años, le restaría deseos de viajar. Los oficios manuales requerían un aprendizaje tan lento como la marcha de un tren en retroceso, y los golpes de suerte parecían tan lejanos como el resto de los planetas del sistema.

Sus sueños de una vida errante se interrumpieron cuando escuchó sobre el puente la frenada de la moto, el impacto contra la baranda y el grito que anticipó la caída al vacío. La sorpresa lo empujó contra la columna y le revolvió la náusea que llevaba en el estómago. El joven, de estatura pequeña y mal vestido, quedó boca arriba con la cabeza en dirección al río. Luchando con el temblequeo de sus piernas se acercó con intención de ayudarlo. Aún respiraba y al verlo levantó su mano derecha para señalar la moto.

—Tu luz... —le pareció escuchar.

No comprendió. La voz del muchacho era débil, tuvo que acercarse al oído y sobreponerse al aliento del moribundo.

—Tu luz... —repitió.

—¿Qué luz?

Miró en la dirección que señalaba el dedo y comprobó que la luz del vehículo había quedado encendida. Pensó que era un capricho, pero igualmente accedió a buscar la llave entre los hierros humeantes. Luego volvió a su lado.

—Tu luz... tu luz...

—Ya la apagué.

—Tu luz... se moja...

Miró hacia el río y descubrió un paquete aplanado, envuelto en diarios y en papel madera, que en ese mismo instante era llevado por el agua.

—No se moja —le dijo—, pero el otro ya estaba muerto.

Se asustó tanto que se alejó corriendo, en dirección contraria a la de los hombres que acudían en auxilio del desgraciado.

El Bala se le acercó para ofrecerle fuego.

—Mi viejo está embolado, dijo. Esta semana no me va a dar ni para puchos.

—Bah, el mío ni me saluda.

Mientras hablaban, les bailaba por arriba y por debajo de la lengua una pastilla de menta para matar el aliento atabacado.

—Cacho, ¿hoy a la noche salimos con las fulanas?

—¿Con qué guita?

—Y, si quieren salir, que paguen ellas.

—¿Te prestan el auto?

—No.

—¿A pata vamo' a salir?

—Y...

—¡Tas chupado!

Cerca de la esquina la silueta de la profesora de gimnasia les quitó el aliento durante varios segundos.

—¿Estudiaste francés?

—No. No me gusta, no lo entiendo.

—¿Te vas a hacer la rabona?

—No sé. ¿Me acompañas?

—Viene mi viejo a buscarme.

Esa tarde no había estudiado ni francés, ni geografía, ni historia ni matemática. Transpiró durante cinco horas y después, en la sexta, corrió por todos los rincones de la cancha para complacer a la profe de gimnasia.

El padre del Bala se le acercó bufando una excitación de los mil diablos.

—Cacho, ¿lo viste? —preguntó golpeándole el hombro con el diario doblado.

—¿Qué cosa?

—El Toulouse.

—¿Qué luz?

—*Jane Avril entrando al Moulin Rouge*, de Toulouse—Lautrec.

El Bala levantó los hombros para apoyar su desconcierto cuando Cacho volvió su rostro hacia él. Algunos compañeros del colegio se acercaron a curiosear.

—Escuchame, insistió el padre del Bala, deslizando un billete en el bolsillo de su campera: yo sé que estuviste viendo el accidente, pero no voy a decir nada. Necesito ubicar ese Toulouse. ¿Lo viste?

—N... no...

—¿No qué?

—¿Quién le dijo que vi el accidente?

—Eso no importa. Necesito recuperar esa pintura, es muy valiosa. Ofrezco una gran recompensa para el que la encuentre.

Cacho se rascó la cabeza. El Bala, sin que su padre lo viera, giraba el índice de su mano derecha sobre la sien.

—Está bien —dijo el hombre—. Pensalo. Esta noche voy a tu casa para hablar con tus padres. Vamos, hijo, estoy apurado.

El Bala tomó su mochila y se le acercó.

—Después te paso a buscar —dijo—. A lo mejor... el auto...

Mientras se alejaban descubrió que su amigo iba en camino de la misma obesidad que prodigaba su padre, de su forma de andar casi a los saltos, de idénticos verbos para expresarse. Cuando subían al auto la bronca le subió a la garganta.

—¡Alcahete! —gritó.

Bien fuerte, para que escucharan también sus compañeros.